

Los tres disparos en la calle Montt

Javier Bravo



Image not found.

Capítulo 1

Para cuando decidí que ya era hora de verificar el teléfono que no paraba de vibrar sobre mi velador, era la cuarta vez que ella llamaba. Las tres primeras no las escuché, gracias al sueño demasiado pesado que me proporcionaron las cinco botellas de cervezas que bebí la noche anterior. Ya con la cuarta abrí con cierta dificultad los ojos y de forma instintiva giré hacia la izquierda entre las sábanas y tomé el teléfono. Bastante tiempo me tomó enfocar la vista para darme cuenta que era Rebeca la que llamaba de forma tan insistente, y solo eso bastó para negarme a contestarle y devolver el aparato a donde se encontraba. Cuando vinieron el resto, una detrás de otra y con escasos segundos de distancia, comencé a preocuparme. ¿Le habría pasado algo? ¿Estará en alguna emergencia? La intriga fue en aumento con cada vibración rítmica que para mis oídos parecían taladros golpeando el concreto. Con la intención de hacerle el quite a una conversación innecesaria con ella, me levanté letárgico y con un latido doloroso dentro de mi cabeza, asociado a un leve mareo que por unos segundos hizo dar vueltas a todo cuanto había a mi alrededor. Aterricé los pies en el suelo alfombrado y me mantuve sentado al borde hasta que cedieron todas las molestias de forma parcial. Cuando me dirigía hacia el baño para vaciar la vejiga que pedía a gritos liberar los litros de orina que almacenaba gracias a la cerveza, el teléfono hacía su noveno aviso. A la vuelta de aquello me quedé parado apoyado en la pared observando desde lejos la pantalla de mi iPhone, y el rostro blanco y perfecto de aquella mujer que por meses fue mi acompañante en la vida santiaguina que decidí abandonar en las vacaciones de verano. En la undécima llamada el corazón comenzó un galope más rápido de lo normal mientras los recuerdos grandiosos de una relación corta pero apasionada se asomaban desde el baúl en el interior: las noches en que llegaba a mi pequeño departamento en Ñuñoa con sushi, fajitas, o hamburguesas. Las disfrutábamos junto a alguna película de Netflix para después lanzarnos de piquero a la cama y hacer el amor en reiteradas oportunidades, todas ellas grandiosas. Finalmente la vez número catorce que intentó comunicarse conmigo opté por enviarle un mensaje de texto suplicándole que no me siguiera llamando, reiterándole mi desinterés por buscarle solución a lo ocurrido en la capital no encontrándose dentro de mis prioridades actuales. Sí había sido prioridad ahogar mi rabia en unas cuantas copas de alcohol, y la noche anterior contacté a mi amigo Daniel quien no tuvo inconvenientes en darme acogida cuando se lo solicité después de huir de aquella pelea dura que acababa de tener con mi madre, y me esperó con una generosa cantidad de botellas de Corona al llegar a su departamento. Cuando ya llevábamos la mitad de ellas vacías, Daniel comenzó a preguntarme sobre la discusión que me llevó a tomar maletas y mudarme a su pieza de invitados, pero no tenía ganas de hablar del tema y dejó de insistir. Para cuando acabamos con toda la cebada no tuvimos otra elección que irnos a dormir, ya que él se encontraba roncando con la cabeza hacia atrás y la boca abierta, y no esperó a que le

terminara de contar mi historia con Rebeca y lo que me impulsó a dejarla.

Al día siguiente, y después de enviar el mensaje categórico a Rebeca posterior a sus múltiples e incansables llamadas telefónicas, fuimos junto a Daniel al centro comercial a almorzar unas hamburguesas del Burger King que se nos antojaron. Mientras comíamos, guardaba un silencio que a cualquiera le parecería extraño dada su cualidad de nunca parar de transmitir.

— Anda, pregunta hombre, que sé lo que quieres saber —le dije finalmente—.

— ¿En serio? ¿Puedo? —dijo después de casi atragantarse con un bocado de la hamburguesa—. Solo quiero saber que sucedió en tu casa Alex.

— Lo sé. Eres un copuchento de aquellos.

— Es que te veías muy mal anoche amigo. ¿Pasó algo con tu padrastro?

— Ya te dije que no es mi padrastro. Y claro que fue por él. Todo lo malo que pasa en mi familia es gracias a ese sanguijuela.

— ¿Todavía desconfías de él?

— Si. Y no puedo entender que mi mamá lo defienda y siga confiando en él. No entiendo de donde saca el dinero ese imbécil. ¿Puedes creer que ayer llego en un tremendo 4x4 cero kilómetro que tuvo que costarle una fortuna, y mi madre estaba saltando de una pata con su nueva adquisición?

— ¿Que tipo de 4x4?

— Un Jeep Grand Cherokee. Averigüé en internet y ese cuesta más de veinte millones de pesos. Un simple detective de la PDI no gana tanto dinero para comprarse un auto así.

— ¿Crees que tu madre le pasó dinero?

— No me quiso decir. Eso intenté sacarle, pero sin éxito. Ya después de un par de dimes y diretes me terminó echando de la casa, y el idiota ese sólo permaneció sentado bebiendo cerveza en el sofá, con una gran sonrisa de satisfacción en su horrible rostro.

— ¡Ya hombre, relájate! —me dijo Daniel—. Quizás no se, tenía alguna herencia por ahí, algunos ahorros de su vida anterior.

— No lo creo. Si su anterior vehículo era un Kia Rio de hace diez años atrás.

En algún momento intenté deducir la forma que Eduardo habría conseguido tal dinero, y no di con ninguna consistente. El pensar en ello me quitó de pronto el apetito, y dejé un tercio de la hamburguesa en la bandeja.

— ¿No vas a comer más? —me preguntó sobándose las manos—.

— Es toda tuya.

Y se la devoró en dos mordiscos.

Pasamos en silencio unos minutos, mientras Daniel miraba su teléfono y escribía con rapidez en la pantalla de su teléfono, después de quedar más que satisfecho al entender la razón de mi malestar la noche anterior. Por mi parte quedé mirando un punto fijo a lo lejos, todavía pensando y sin lograr entender cómo mi madre pudo fijarse en un tipo como aquel. Rubén, un compañero y amigo de la secundaria, nos contó que en la PDI era considerado como uno de los mejores detectives, y había resuelto un gran número de casos con gran eficiencia. No tenía razones de peso ni tampoco interés en cuestionar su desempeño profesional, sino lo que me daba desconfianza y me provocaba un rechazo marcado desde que nos lo presentó mi madre a mi hermano Tomás y a mi fue su arrogancia permanente, sus chistes que sólo lo hacían reír a él, y la manera en que la trataba. Todas aquellas cosas confabularon en crear un sentimiento negativo hacia él, intensificándose cuando fui sabiendo de situaciones bastante extrañas que hacía o decía, de la boca del propio Tomás. Claro está que la percepción de un niño de diez años es distinta a la de un adulto, pero se dice que los niños siempre dicen la verdad, y aunque a mi hermano por alguna razón extraña le encantaba pasar tiempo con Eduardo, me contaba cosas que a mí me hacían analizarlas en demasía y sacar conclusiones turbias sobre el tipo de relación que llevaba con mi madre. La última que me contó por teléfono mi hermano, y la que generó una interrogante tremenda en mi cabeza, fue que la mamá había amanecido con un pómulo morado un día. Al preguntarle que le había pasado ella le contó que se había caído en el baño, y le restó importancia al asunto. Eso fue justo antes de salir de vacaciones y venir a Chillán, y cuando intenté encarar a mi madre preguntándole si él la había golpeado se puso furiosa, y gritándome de manera histérica me pidió que me fuera de su casa. Y eso tuve que hacer.

Daniel de súbito emitió un grito entusiasta, sacándome del trance en el que me encontraba sumergido. Me miró con ojos brillantes de emoción.

— Alex, tengo un panorama la raja, y no me digas que no mi amigo,

esta vez no.

Imaginé que tipo de panorama tenía, y lo invité a contarme.

— Tengo dos amigas que van a ir a mi departamento. Les prometí que cantaríamos karaoke y compraría sushi. A las minas les encanta esa comida de mierda. No me digas que no mi hermano, ya que necesitas distraerte. Mira estas son —y me mostró una foto de su celular—.

— Ay hombre. Son bien lindas —realmente lo eran—, pero tengo que hacer algo ahora en la tarde.

Se tomó la cara y movió la cabeza.

— No vayas a empezar con excusas de nuevo por favor. Están a la mano compadre, no son para nada difíciles. ¡No te hagas de rogar!

Analiqué la propuesta, y no le encontré nada de malo a pasar un buen rato con unas chicas. Me haría bastante bien para intentar olvidarme de Rebeca. Sonreí y le presenté mi puño, a lo que exclamó un grito de alegría y chocó el suyo contra el mío.

— Pero antes, tengo que ir a buscar a mi hermano al colegio. Le prometí que iría y nos tomaríamos un helado.

— Vale, pero no te demores. Llegarán a las ocho, y te estará esperando Carla, la que tengo para ti —levantó reiteradas veces las cejas para entusiasmarme—.

— ¡Ok, ok! —no pude contener la risa. Su motivación era meritoria— . A las nueve estaré en el departamento.

— ¡Yuju!

Nos fuimos del patio de comidas, y me despedí de él en la entrada del centro comercial.

— Te espero campeón —me dijo a lo lejos, y se fue en dirección contraria a la mía—.

Comprobé la hora y faltaban veinte minutos para las seis. Mi hermano salía a las seis en punto de su clase de karate, y me apresuré a tomar la micro que me llevara al lugar. Mientras iba sentado en ella pensé en Tomás y lo mucho que extrañaba pasar tiempo con él trabajando en Santiago. Por esa razón le prometí ir a por unos helados en estos días, y pretendía sorprenderlo tal y como lo hacía todos los sábados durante cuatro años, antes de irme a la capital. Su favorito era el de chocolate suizo, y tenía dinero para comprarle veinte de esos si él lo deseaba, pues

era capaz de dar todo por ese pequeño.

La última vez que comprobé la hora en mi teléfono eran las seis con cuarenta y cinco y Tomás no aparecía. Pocos minutos después de las seis vi al curso completo de karate salir de la escuela. La mayoría tenía a sus padres esperándolos en la entrada, algunos con sus vehículos y otros a pie, como yo. Rezagado vi a un niño muy delgado que daba la impresión de ser el que recibía todas las patadas durante los entrenamientos y no tener la fuerza ni la audacia para pegar ninguna.

— Oye chico —le hable tomándolo del brazo, y pude sentir que solo huesos habían debajo del kimono. Me miró con extrema timidez—.

— Dígame señor —su voz sonaba con un volumen mínimo—.

— Imagino eres del taller de karate. ¿Conoces a Tomás cierto?.

El chico me respondió asintiendo con la cabeza, mirándome como si lo fuera a asaltar. Entonces noté que todavía lo seguía agarrando del brazo y lo solté pidiéndole disculpas.

— ¿Por qué no está con ustedes?

— Siempre es el primero que se va señor.

— ¿Y tu sabes porqué?

Hizo una mueca y levantó los hombros.

— Ni idea.

Después de responderme miró hacia un lado y notó que su padre, o quien quiera que fuese, había llegado a buscarlo y estaba a mis espaldas. Cuando me volteé éste me observó con el ceño fruncido y le preguntó algo a su hijo en el oído. Le hice un saludo con la mano que no obtuvo respuesta, y se subieron a un sedán blanco.

A los diez minutos después, cuando la noche comenzaba a hacer su aparición por el este y estaba a punto de llamar a mi madre para avisarle que Tomás no aparecía, lo vi a lo lejos caminando a paso rápido hacia mí. Venía sudoroso y agitado, pero con una sonrisa vehemente.

— ¿Se puede saber dónde estabas?

Me abrazó al instante y guardó silencio enterrando su cara en mi chaqueta. Compartí con él esos segundos enmudecido y le devolví el

gesto. Después lo separé de mi y le repetí la pregunta.

— Estaba con un compañero de curso cambiando un juego.

— ¿Seguro?

— Seguro hermano, mira.—abrió su mochila y sacó una caja de un videojuego de su PlayStation—.

— Ok, te creo, pero trata de no hacer esas cosas fuera de la escuela, ¿de acuerdo?

— Ya, lo siento. Es que hoy mi amigo trajo el juego y me estaba esperando en la plaza.

— De acuerdo. Ahora vamos.

Caminamos en dirección a la plaza aledaña al colegio, en donde había un paradero de taxis. Por suerte había uno detenido justo frente a él, y decidimos abordarlo.

— Hermano, ¿me llevarás a tomar helado? —me preguntó con gran entusiasmo—.

— No se de que me hablas.

— Pero si lo prometiste el otro día.

No pude aguantar la risa y miré por el espejo retrovisor del conductor del taxi. Portaba gafas oscuras y se mantenía serio mirando el camino.

— Si, iremos. Te compraré tu favorito.

— ¡Siii! —exclamó levantando los brazos victorioso. Que fácil es hacer feliz a un niño, pensé—.

Le pedí al taxista que nos llevara a la heladería “Cubo de hielo” que se encontraba en el paseo peatonal de la calle Arauco. Tomás pidió uno triple con chocolate suizo, frambuesa y lúcuma con salsa de chocolate, y yo solo uno simple ya que todavía se encontraba en proceso de digestión la hamburguesa hipercalórica que comí hace un rato atrás. Nos ubicamos en una mesa, y el pequeño me contó sobre cómo había estado el día de karate. Tuvo un combate de práctica en donde hizo caer al niño que competía contra él de una patada precisa en el mentón. “Nadie me puede ganar” me aseguró, y le creí, pues era bastante bueno en dicha arte marcial, y el cinturón que amarraba su kimono ya era de color rojo. Recuerdo la vez cuando vine de visita el año pasado, y en una tarde de aburrimiento comenzamos a forcejear en la cama de dos plazas de mi

madre, y se soltó de mi llave que lo tuvo un par de minutos contenido. Se puso de pie sobre ella y adaptó una posición de mantis religiosa, y con un movimiento muy rápido no esperó a que me pusiera de pie y adaptara la posición que inventaría para hacerle frente, y me arrojó una patada que fue a dar contra mi nariz, explotando en sangre y manchando todo el cubrecama. Por supuesto ella lo regañó y le prohibió que volviera a practicar esas cosas en la casa, mientras yo estaba en el baño con la cabeza hacia delante intentando detener el sangrado. Y aunque por poco me fractura la nariz, dejó un buen moretón que duró varios días, que tuve que exhibir con vergüenza a mi regreso a Santiago. A todos los que me preguntaron que había sucedido, les conté una versión de lo más cinematográfica: "Me intentaron asaltar y opuse resistencia, pero uno de ellos logró darme un golpe en la nariz. Por suerte se fueron corriendo y no lograron quitarme nada". Todos la creyeron excepto Nelson, mi amigo y colega, quien sabía que Tomás era karateka.

— Te pego tu hermano, ¿no es así? —me preguntó tapándose la boca para contener la risa—.

Me quedé de una pieza cuando me lo dijo, y puse mi dedo índice en los labios para que mantuviera el secreto.

— Ahora con esa versión las mujeres te lloverán —y me palmoteó el hombro—.

— ¿Sería bueno no crees?.

Después del helado, Tomás me hizo acompañarlo a una tienda de videojuegos para intentar convencerme que le comprara un juego recién lanzado para su consola.

— No tengo esa cantidad de dinero mi amigo —mentí—. Y aparte está demasiado caro, así que vámonos.

Pagar cerca de cincuenta mil pesos por un juego de video me parecía absurdo. Quizás para mí, que no acostumbraba a gustar de aquella entretención.

— Ya —solo respondió él, bajando la mirada—.

Nos fuimos al paradero de taxis a las afueras del centro comercial, y dio la coincidencia que tomamos el mismo vehículo que nos había traído desde el colegio al centro. ¿Se dará muy a menudo aquello?

— Creo que ustedes me pagaran el sueldo el día de hoy muchachos —dijo de forma apática y con voz carraspeada. Se me antojó falsa la intención

de bromear—.

Noté que todavía mantenía las gafas de sol puestas, y ya la noche había hecho su arribo casi por completo. Quise preguntarle la razón de tal escepticismo, pero me interrumpió Tomás.

— ¿Tomarás once con nosotros hermano?

Me hubiese encantado, pero no tenía ganas de ver ni a mi madre ni al sujeto aquel que tiene de esposo.

— Temo que no podré Tomy. Sólo te dejaré a las afueras de la casa y me iré. Tengo otros asuntos que hacer.

La tristeza inundó el rostro de mi hermano, y me culpé a mi mismo por ser el autor de ello. No tenía deseos de estar con las amigas de Daniel y quizás flirtear con alguna de ellas, ni tampoco llevarla a la cama y cortar la racha de casi dos meses que mantenía sin tener sexo. Quería estar junto a Tomy, pues pensé que se encontraba inmerso en un mundo que no le acomodaba ni era beneficioso para él. Tuve deseos de llevármelo a Santiago para que se quedara conmigo, pero sabía que era prácticamente imposible. Mi madre no lo permitiría y tampoco yo tenía los medios adecuados para mantenerlo allá.

Finalmente llegamos a las afueras de la casa en la calle Montt, donde hace poco se mudó mi madre con el idiota de su esposo, y mi hermano fue el primero en bajarse, aún con la vista en el suelo y un rostro de pena. Le cancelé al taxista y le dije que aguardara a despedirme de él para que me llevara al departamento de Daniel, y bajé por el costado derecho. Noté que se abrió la puerta de la casa y salió Eduardo a recibir a Tomás, sin siquiera echarme un vistazo ni menos un saludo cordial. Cuando estaba pasando por detrás del vehículo y levanté la vista me percaté del brazo del sujeto al volante del taxi que se extendió por completo hacia afuera sosteniendo lo que a simple vista era fácil de identificar, y lo cual me aterró.

— ¡POR NO CUMPLIR TU PALABRA, HIJO DE PUTA!—le gritó el sujeto armado dirigiéndose a Eduardo, y apuntó directo al pecho de hermano y tiró tres veces del gatillo emitiendo un sonido aterrador que retumbó por toda la calle—.

La fuerza del impacto lanzó a Tomás con violencia hacia adelante, y su pequeña mochila que en ese momento llevaba en su mano, voló por los aires. Mi vista, que se hizo minúscula, notó cuando comenzó a empaparse el kimono blanco con su sangre, de un rojo intenso y brillante a la luz del foco de la entrada a la casa. Escuché, como si estuviera a un kilómetro de distancia el rugido de motor que se alejó calle abajo, y noté de reojo a Eduardo que emitió un par de disparos hacia el taxi. Después se agachó

junto a Tomás, y me miró con sus ojos inyectados.

— ¡Llama a una ambulancia! ¡Rápido! —y corrió hacia su 4x4 y se lanzó en persecución del sujeto tras una silbatina de neumáticos y una densa humareda—.

Yo, que me encontraba paralizado a unos metros, saqué el teléfono de mi bolsillo y no lograba contener el temblor violento que azotaba mi mano. Con gran dificultad logré marcar el 131 y me arrodillé junto a él, comprimiendo los agujeros y comprobando el pulso, que aunque se encontraba débil todavía prevalecía. Mi madre finalmente apareció en el umbral de la puerta, y emitió un grito ensordecedor lanzándose encima de su hijo malherido.

— ¡Mi Tomás!

Hundió la cara en su cabello mientras yo hacía intentos de contener la hemorragia con una mano, y esperando a que me contestaran la llamada con la otra sobre mi oído. En esa situación, tan sorpresiva y desgarradora, comenzaron a correr las lágrimas por mi rostro, y mi respiración, agitada por la adrenalina, comenzó a acompañar a mi madre en los sollozos por la vida de Tomás, que aunque no sabíamos a ciencia cierta que estaba muerto, la imagen suya de cara al suelo inundando el césped con su sangre nos convenció de que sí lo estaba, o lo estaría en los próximos minutos si no se le prestaba ayuda.

— Emergencias, buenas noches.

— ¡Le dispararon... le dispararon a mi hermano...ayúdelo por favor!

— Deme la dirección.

Se la di, y aguardé junto a él con el corazón destrozado. Y en ese preciso instante, de manera abrumadora vino a mi mente un recuerdo de un hombre moribundo un día de invierno del mes de julio, y mi mano sosteniendo la suya que se encontraba raquítica y fría. Ese hombre era mi padre, quien en sus últimos momentos me pidió que le hiciera una promesa que en ese mismo instante, de la manera más misteriosa y violenta, se escurría entre mis dedos junto con la sangre que brotaba sin parar del cuerpo de su querido hijo.